

NOVELISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XX (XII)

Ramón Pérez de Ayala

En uno de los sonetos de *Nuevas canciones* describió Antonio Machado la personalidad de Ramón Pérez de Ayala: «un sí es no es de mayorazgo en corte; / de bachelor en Oxford, o estudiante / en Salamanca, señoril el porte». En efecto, Pérez de Ayala admiró la cultura y hasta el *esnobismo* inglés, vistió siempre con británica elegancia, profesó la oxoniense devoción a los clásicos, que él compatibilizó con los de la tradición española, y su imagen pública —entre irónica y arrogante, «el gesto petulante», Machado *dixit*—, emanaba cierto aire aristocrático. El suyo fue un aristocraticismo cuyas veleidades «demóticas» ni rozaron el *majismo*, porque el singular casticismo de Ayala fue de inteligente y amplio espectro; incluía la pasión por los toros, la amistad con toreros, canzonetistas y bailarinas —de baile español o sicalípticas, de «La Argentina» y «La Argentinina», a «La Fornarina» y Pastora Imperio—, el trato con artistas consagrados y bohemios, las tertulias que reunían a intelectuales afamados, comadrones, conspiradores, o parientes del hampa... y se afirmaba en la no menos castiza y culta tradición de la liturgia del castellano más puro y académico y la del habla humilde de la aldea. Estuvo al día de las tradiciones literarias, estéticas y filosó-



María Dolores Albiac Blanco ha sido profesora de Literatura española en las Universidades Central y Autónoma de Barcelona, La Laguna y actualmente de Zaragoza, su ciudad natal. Fundó y dirige el Seminario de Ilustración Aragonesa. Trabaja en historia de la literatura y es autora de investigaciones y ediciones sobre el siglo XVIII (Cadalso, Luzán, Félix de Azara, el teatro, la oratoria...) y el XX (Pérez de Ayala, modernismo, Carmen Martín Gaité, Marsé...).

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a Ciencia, →

ficas contemporáneas y estudió sus raíces. Lo mismo admiraba a Fra Angelico y Velázquez que a Romero de Torres, y su defensa de la moralidad del buen sainete, el de Arniches, por ejemplo, corre pareja a la que hace del teatro europeo de ideas. Colaboró en empresas editoriales como la «Biblioteca La Corona», y acompañó a su amigo Ortega en misiones regeneracionistas, republicanas y antidinásticas, ya escribiendo en revistas y periódicos, ya en mítines, firmando manifiestos («Al servicio de la República») y repitiendo, siempre, que los enemigos de España eran «Pereza», «Ignorancia» y «Superstición».

El dueño de una personalidad tan múltiple nació un 9 de agosto de 1880 en Oviedo, hijo de un abastado comerciante de textiles que, en su juventud, estuvo en Cuba; perdió a la madre en la primera infancia y siempre se resintió de esa orfandad. La educación, interno en los colegios de la Compañía de Jesús de Carrión de los Condes y «La Inmaculada» de Gijón, le procuró un poso intelectual y vital raro. De una parte la *ratio studiorum* afinó su sentido cartesiano del discurso y lo dotó de un equipaje de conocimientos humanísticos que completó con su maestro Cejador y Frauca, a la sazón incómodo huésped de unos hermanos de orden que no tardaría en abandonar. De otra parte, al convivir con los jesuitas de los años finiseculares, hubo de conocer a personalidades frustradas e insensibles, poco

→

Lenguaje, Arte, Historia, Prensa, Biología, Psicología, Energía, Europa, Literatura, Cultura en las Autonomías, Ciencia moderna: pioneros españoles, Teatro español contemporáneo, La música en España, hoy, La lengua española, hoy, Cambios políticos y sociales en Europa, La filosofía, hoy y Economía de nuestro tiempo. 'Novelistas españoles del siglo XX' es el título de la serie que se ofrece actualmente. En números anteriores se han publicado los ensayos *Luis Martín Santos*, por Alfonso Rey, catedrático de Literatura española de la Universidad de Santiago de Compostela (febrero 2002); *Wenceslao Fernández Flórez*, por Fidel López Criado, profesor titular de Literatura española en la Universidad de La Coruña (marzo 2002); *Benjamin Jarnés*, por Domingo Ródenas de Moya, profesor de Literatura española y de Tradición Europea en la Universidad Pompeu Fabra, de Barcelona (abril 2002); *Juan Marsé*, por José-Carlos Mainer, catedrático de Literatura española en la Universidad de Zaragoza (mayo 2002); *Miguel de Unamuno*, por Ricardo Senabre, catedrático de Teoría de la Literatura en la Universidad de Salamanca (junio-julio 2002); *Gabriel Miró*, por Miguel Ángel Lozano Marco, profesor de Literatura española en la Universidad de Alicante (agosto-septiembre 2002); *Vicente Blasco Ibáñez*, por Joan Oleza, catedrático de Literatura española en la Universidad de Valencia (octubre 2002); *Eduardo Mendoza*, por Joaquín Marco, catedrático de Literatura española en la Universidad de Barcelona (noviembre 2002); *Ignacio Aldecoa*, por Juan Rodríguez, profesor titular de Literatura española de la Universidad Autónoma de Barcelona (diciembre 2002); *Max Aub*, por Manuel Aznar Soler, catedrático de Literatura española en la Universidad Autónoma de Barcelona (enero 2003); y *Luis Mateo Díez*, por Fernando Valls, profesor de Literatura española contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona (febrero 2003).

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

FRANCISCO SOLÉ

amantes de su oficio educador; padeció soledad y carencias afectivas, y la filosofía que vivió en el colegio, basada, en gran medida, en la doblez y el medro, y dirigida al control de las conciencias privadas y de los ritmos sociales, lesionó su hipersensibilidad. De este período trató en *A.M.D.G.* Antijesuita convencido, intervino, como tantos intelectuales comprometidos, en la polémica anticlerical en torno a la «ley del candado» y a la educación en colegios religiosos.

Sus años de formación vital e intelectual coinciden con los de la crisis europea –y española– que marcó la caída de imperios coloniales, la pérdida del poder económico de las potencias tradicionales, la supremacía de Estados Unidos (país que le fascinó), el despertar de Japón, la guerra del Transvaal, la crisis del positivismo filosófico, Nietzsche, Bergson, el sufragismo, los descubrimientos sobre la estructura atómica, la teoría de los *quanta*, Freud, la relatividad, las ciencias sociales, la herejía modernista, el misticismo y orientalismo, el naturalismo, simbolismo y decadentismo, el exotismo de los balnearios y los viajes transatlánticos, Jules Verne, Kipling, la Internacional, el movimiento obrero, los asesinatos anarquistas y el *lock out* patronal, las terribles utopías de Wells y las sociedades fabianas. Fue el período que terminó en la Primera Guerra Mundial y con el Imperio Austrohúngaro. Los elementos de esta crisis forman la estructura ética y estética de la obra de Pérez de Ayala.

Compatibilizó su temprana vocación artística con los estudios de Derecho en la Universidad de Oviedo bajo la protección de *Clarín*, de quien aprendió los fundamentos de la técnica literaria al uso, y el magisterio de los catedráticos krausopositivistas –Sela, Álvarez Buylla, Altamira, Posada–, comprometidos con el solidario experimento de la Extensión Universitaria; ellos le proporcionaron el poso de laicismo científico institucionalista y la ética política liberal que siempre alentó sus escritos y las mejores decisiones de su vida. Dispuso de la excelente biblioteca del marqués de Valero de Urría y conoció el zurriago de vivir en una ciudad donde los chispazos liberales tropezaban, como en el resto de España, con el mayoritario y radical levitismo. Su activa vida mundana en Oviedo lo relacionó con intelectuales y artistas mayores que él, que apreciaron su gran cultura y agu-

deza intelectual, y sonrieron ante el estafalario aspecto que adoptó en su etapa de estudiante provocador: melenas, monóculo, gran corbata y chaleco de tela de mantón de manila. El redactor del conservador *El Carbayón* lo zahirió llamándolo «El muy hermoso dama». Oviedo, provinciana y asfixiante, que *Clarín* llamó «Vetusta» y Ayala, inicialmente muy apegado al surco del maestro, «Pilares», es la que pasó a su obra novelesca, junto a su comarca y sus tipos: Noreña, es la literaria Cenciella, el presidente de la Diputación, Corbera, fue Novillo en *Belarmino* y *Apolonio*, Natalia Perotti, viuda de Martín Escalera, es Pía Octavia Ciorretti en *La pata de la raposa...* Y, así, literaturizó, con nombre en clave, lugares y gentes que conoció.

María Martínez Sierra habla de su carácter voltario y, todos, de su fino humor, su liberalismo, diletantismo, y de que fuera tan racionalmente convencido de las ideas regeneracionistas de sus maestros, como delicadamente tentado por el aura intelectual y decadente de la Europa de la preguerra de 1914. Desde su juventud demostró capacidad para el ensayo y el periodismo, para el comentario, o la sátira, del suceso social, intelectual y político. El ovetense Pedro González Blanco puso en contacto al aún estudiante con el grupo de modernistas de Madrid, con quienes inició correspondencia y trato, en especial con Benavente, Villaespesa, Martínez Sierra, Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez, José Martínez Ruiz, que aún no se llamaba *Azorín*.

En el verano de 1902 *El Progreso de Asturias*, periódico republicano, sacó, por entregas, su primera novela corta, *Trece dioses. Fragmentos de las memorias de Florencio Flórez*, muy en la órbita del Valle de *Sonata de Otoño*, que acababa de leer. La pieza, de un modernismo simbolista acusado, plantea, *ab nuce*, muchos de sus temas posteriores. Solapa lo blasfemo y lo místico, erotismo y religión, se burla de la ortodoxia religiosa; juega con lo enfermizo y maneja con soltura las evocaciones mitológicas, la cultura europea y la del Siglo de Oro español. El diseño de los personajes es aún lineal y plano, pero en ellos atisbamos reflejos de futuros protagonistas: la novia virginal, María, pasará a ser Fina en *La pata de la raposa*, el mundo feudalizante y valleinclanesco rebrota en *Artemisa* (1907), reeditada en *Bajo el signo de Artemisa*, de 1924, obra en la que recopiló cuentos y «nouvelles», primerizos, como el citado, *El otro padre Francisco*, *Cruzado de amor*, *Éxodo*, y el anticlerical y vitalista cuento de

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

madurez *El anticristo*, de 1910, sobre la Semana Trágica de Barcelona de 1909 (el protagonista, en clave, es Alejandro Lerroux, jefe del Partido Radical, al que estaba afiliado Ayala).

Su primera entrega poética fue *La paz del sendero*, de 1903, una obra intimista y horaciana, de innovador sentido de la introspección y notable musicalidad, que revela a un gran poeta modernista alejado del modernismo grandilocuente y de receta. Los siguientes libros poéticos, *El sendero innumerable*, de 1915, y *El sendero andante*, de 1920, van completando una saga poética que debería haber dado un cuarto, *El sendero ardiente*, que, dedicado al fuego, hubiera seguido la ronda de los elementos; porque el poemario de 1903 está muy virgilianamente dedicado a la tierra, al mar el segundo, y al hálito del río pascaliano el tercero. Las poesías, de abolengo humanista, ribetean la senda de las estancias de una existencia, y reelaboran temas de la tradición áurea española, como el muy estoico de la barquilla sola y azacaneada por la vida, o reflexionan sobre los problemas y eternos interrogantes del ser humano: la soberbia intelectual, la voluntad de hallar el equilibrio de amor y paz entre los hombres, la de encontrarse a sí mismo, o una muy helénica tensión de encuentro con la ataraxia sonriente y vital. Pérez de Ayala fue, ante todo, un excelente poeta y un gran ensayista, por más que sus narraciones hayan sido las que más han contribuido a una fama de novelista, que podríamos llamar «accidental», por el hondo poso ensayístico de sus creaciones.

A partir de 1904 colabora en *El Imparcial* y *ABC*, publica en colecciones de novelas y cuentos, y comparte las ideas radicales de su amigo Azorín, al que sirvió de «negro», como López Pinillos, cuando sufrió una crisis depresiva. Cuando en 1903 fundó con el matrimonio Martínez Sierra *Helios, revista del modernismo*, declaró su compromiso con la literatura pura y su rechazo a convertirla en manifiesto político; el testimonio de esta convicción, que nunca abandonó, queda en su polémica con Álvaro de Albornoz.

Tentó también las tablas: en 1905 presentó en Oviedo la comedia escrita con Antonio de Hoyos, *Un alto en la vida errante*; en 1909 publicó, en *El cuento semanal*, *Sentimental Club (Patraña burlesca)*, hermosa antiutopía a caballo entre lo teatral y el cuento ideológico, y en 1928 se estrenó la adaptación de *Tigre Juan* por Hoyos. De su interés crítico por el teatro dan cuenta las crónicas recopiladas en los

volúmenes de *Las máscaras*, en 1917 y 1919.

En 1907 publicó su primera novela larga, *Tinieblas en las cumbres*. Iniciada dos años antes, iba a llamarse *Eclipse de sol* por su trama: el escándalo de la excursión real en tren al puerto, para observar un eclipse de sol, de varios señoritos y las pupilas del más afamado burdel de Oviedo. La novela cuida tanto los aspectos materiales de estructura, espacio y tiempo, como la urdimbre de ideas, conflictos y personajes, en especial Alberto Díaz de Guzmán, protagonista de la tetralogía generacional y *alter ego* del propio autor, que tomó el apellido de unos familiares de Logroño con quienes vivió unos meses. La obra reflexiona sobre un tema muy de época: la crisis del artista que, desengañado de los dogmas, resentido contra la educación castro que ha recibido y herido por el insolidario mundo mercantilizado y supersticioso de sus mayores, persigue el ideal de la pureza estética. Por el relato fluyen hebras de naturalismo, simbolismo decadentista y la ambición de totalidad y unidad del arte. Alberto, por ahora escultor, es un híbrido de héroe individualista y apóstol solidario, hipersensible, y con el carácter aún por conformar. El otro personaje llamado a reaparecer en la saga es Rosina, obrerita de una fábrica aldeana seducida y embarazada por un saltimbanqui de circo ambulante. La ciudad donde nace su hija, Pílares (Oviedo), es tan moralmente hipócrita como su pueblo; a la mocita sólo el prostíbulo le ofrece lo que las personas decentes le niegan: trabajo para poder atender a su niña. La oposición campo-ciudad no beneficia a ninguna parte. El punto de vista es bastante sutil, resaltando la defensa de una sexualidad espontánea y gratificadora. Cierra la novela una crisis nihilista y blasfema de Alberto que, ebrio y tras romper sus obras, cae yerto.

Pérez de Ayala, aún reciente el escándalo provinciano que levantó *Tinieblas*, marchó a Londres; llevaba dinero paterno –apoyo que le permitía posponer la busca de un trabajo definitivo– y la correspondencia del *trust* de periódicos de Miguel Moya: *El Liberal*, *El Imparcial*, *El Heraldo de Madrid*, y una colaboración de *ABC* y *La Nación* de Buenos Aires. En Londres se relacionó con Maeztu, Fernando de los Ríos, con el príncipe Kropotkin y su círculo ácrata, con el embajador de España; conoció el liberalismo inglés y el socialismo fabiano y allí, en 1908, recibió la noticia de la ruina y suicidio del padre. Esta doble quiebra, afectiva y material, marca la nueva etapa de

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Ramón Pérez de Ayala que asume y planifica su trabajo de escritor ético con la idea de trazar la biografía de un español de la burguesía liberal. El resultado es el crítico retrato literario de su grupo social: una autobiografía generacional.

El drástico final de *Tinieblas en las cumbres* justifica que, partiendo del lema jesuítico *Ad Maiorem Dei Gloriam*, retroceda en la biografía de Díaz de Guzmán para analizar los orígenes del mal en *A.M.D.G.*, de 1910. La obra solapa la biografía colegial del inteligente y desprotegido Alberto, «Bertuco», y ecos de la nacional, con su carga de totalitarismo, injusticia social, las protestas por la guerra de África, el fusilamiento de Ferrer Guardia. Acontecimientos y gentes del colegio que conoció Ayala, lo que supo por Cejador, y sucesos de la Semana Trágica, se literaturizan, con nombre supuesto, en esta diatriba anticlerical. Por sus páginas desfilan Pidal y Mon (Sol e Il), el banquero Herrero (Anárcasis Forjador), o Cejador (P. Atienza).

En 1912 aparece su novela más lograda, *La pata de la raposa*, acabada en Florencia, donde lucraba una beca de la Junta para la Ampliación de Estudios. Incorpora la experiencia inglesa, incluidos tipos de la pensión de Mrs Donkins en que vivió, y el peso de las reflexiones de su nueva vida, a través de un Alberto Díaz de Guzmán que, lejos de morir al final de *Tinieblas*, sólo se desvaneció por la tensión de su crisis y el exceso de alcohol. El desfalco del padre de Pérez de Ayala pasa a la novela como obra del esposo de la hermana de Fina, novia de Alberto, que es el arruinado. Al ladrón, en línea costumbrista, y muy suya, le da un nombre intencional: Telesforo Hurtado. Alberto, abrumado por las deudas, las traiciones domésticas, las tentaciones de la carne, la inseguridad en sí mismo, lejos de autodestruirse, impone ahora la solución vital como la raposa titular que, atrapada en el cepo, roe la pata presa para huir libre con las tres restantes. El protagonista, en finta muy propia del modernismo regeneracionista, decide romper el cerco del sentido del ridículo aprendido con los jesuitas, causante de su diletantismo y su abulia, para trabajar, humilde y solidario, como escritor, y ser «la conciencia de la humanidad». La obra se plantea retos interesantes como la definitiva ruptura del ideal horaciano de alabanza de aldea, merced a la muerte de Fina, la novia aldeana e insuficiente; el rechazo del decadentismo estéril; la aceptación de cierto franciscanismo moral; el compromiso ético del escritor; la idea de crear una familia como horizonte

personal y, de nuevo, la presencia de un erotismo libre y gratificante.

Estructuralmente la trama se entrecruza con la de *Troteras y danzaderas*, cuya acción sucede en Madrid entre la segunda y la tercera parte de *La pata de la rapsoda*. En la segunda parte Alberto se despidió de la virginal Fina para forjarse un porvenir en la capital como escritor y volver a la aldea a fundar juntos una familia; pero en la tercera parte –han pasado tres años– Alberto sigue buscando su lugar personal y ese equilibrio que nace de la confluencia de reflexión y autodomínio, con pasión y sentimiento. Díaz de Guzmán, momentáneamente tentado por el horacianismo de un poema de Whittier, regresa a la aldea pero Fina ha muerto. Este final, posterior a los hechos de *Troteras y danzaderas*, cierra la saga, y es, desde supuestos novelescos, feliz, pues libra al protagonista de su mala conciencia con Fina, de la tentación de huída, y le facilita ser el creador comprometido y liberal que apunta en *Troteras*.

Troteras y danzaderas, de 1913, novela sucesos de 1910. Se ha leído como novela de clave (no lo es más que el resto de su obra), por el relieve de sus *alter ego* literarios: Monte Valdés (Valle Inclán), Díaz Torcaz (Pérez Galdós), Antón Tejero (Ortega y Gasset), Halconete (*Azorín*), Angelón Ríos (fusión de Sebastián Miranda y Manuel Uría), Mármol (Manuel Uría), Arsenio Bériz (García Sanchiz)... Siguiendo la estética del regeneracionismo finisecular la obra mezcla géneros, incorpora poemas, partes de representación teatral, diálogos que son verdaderos ensayos, como los de Díaz de Guzmán y Tejero, u ofrece curiosos ejemplos de monólogo interior. Esa silva de técnicas y personajes enmarcan unos ejes muy claros: la defensa –frente al arte ruin y farisaico, hecho de plagio y repertorio– de un arte realista, nacido de la convicción moral y trasunto de la naturaleza física y moral que rodea al artista; la idea de que España no necesita educación política, sino una educación estética que le despierte los sentidos y la dote de simpatía cordial para comprender al «otro» y evitar el absolutismo; la necesidad del compromiso ético de todos con la realidad cívica y con el trabajo profesional: el escritor en la ciudad donde se deciden los ritmos de la vida civil, la bailarina en el escenario creando nuevos estadios de belleza con su arte, el ingeniero allí donde lo llame su trabajo, sea en la urbe o en el tajo aldeano. El objetivo es terminar con el mal arte, con la corrupción del turno de par-

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

tidos, con la monarquía totalitaria, con los oligarcas y caciques. La obra finaliza ridiculizando los mostrencos denuetos antiespañoles de Muslera (García Morente), y defendiendo el trabajo y la voluntad como remedio para que en España triunfe la tolerancia y el liberalismo. El paradigma moral de la obra es la prostituta Verónica, la troteira, que merced a su trabajo llegó a excelente bailarina, danzadera, y ejemplar ciudadana. Ese año firma con Ortega, Machado, De los Ríos, Navarro Tomás, Castro, el manifiesto de la «Liga de educación política española». Para los intelectuales fue tiempo de actuar y de creer en el futuro democrático.

En los años siguientes Pérez de Ayala se interesa más por la política activa: es corresponsal en el frente aliado, publica *Hermann encadenado*, escribe en el semanario *España*, luego en *El Sol*, y en *Política y toros*, de 1920, proclama sus quejas de ciudadano oprimido por la corrupción y el totalitarismo político. En 1916, cuando los objetivos de la burguesía y el naciente capitalismo español chocaron contra el sistema caciquil, Ayala novelizó en *Prometeo*, *Luz de domingo*, *La caída de los limones*, «Tres novelas poemáticas de la vida española», los amenes del cacique y, fiel a su exaltación de lo vital y de una naturaleza guiada por la razón, satirizó las doctrinas librecas sobre la educación y el amor. Las tres obras trufan prosa y verso con los hermosos poemas recapituladores que inician cada parte.

En 1921 el novelista, casado con una americana y padre, reflexiona sobre la existencia, sobre su oficio, y plantea el problema del lenguaje, del nominalismo y la incomunicación (constante en su obra), a través del conflicto individual de los zapateros *Belarmino* y *Apolonio*, eternos litigantes sobre la superioridad de la filosofía o del drama. Belarmino está calcado del zapatero Camporro, de curiosa y peculiar conversación; Apolonio recuerda a un comerciante francés de la plaza del Ayuntamiento. Martínez Vigil inspira a don Guillén, y se narra el amor imposible de dos conocidos ovetenses, Corbera y su novia eterna, que en la novela son Novillo y Consumida. El estilo, leído hoy, resulta un punto antañón, pero la técnica literaria con que el novelista ensambla en las discusiones de los remendones conceptos y sus contrapuestas visiones del mundo, es la de un escritor que ha logrado la madurez de sus registros. El ideal de un lenguaje integrador y universal alegoriza en la obra la búsqueda de esa con-

cordia de los extremos que tanto gustó a Pérez de Ayala.

El fracaso de la educación tradicional y anti-natural halla en *Luna de miel, luna de hiel*, y en *Los trabajos de Urbano y Simona*, de 1923, un campo de exploración fisiológico-literario que elogiará Marañón en sus *Tres ensayos sobre la vida sexual*. La ignorancia de «los secretos de la vida», lleva al borde de la infelicidad las ilusiones de dos enamorados, educados asépticamente para ángeles. Incapaces de relacionarse conyugalmente tras su boda se salvan por el profundo amor que se profesan, y por la capacidad de asumir sus impulsos con naturalidad; pero este aprendizaje, que no se logra sin rupturas y dolor, recibe la mejor recompensa: un hijo.

En 1926 recibe el Premio Nacional de Literatura con la obra en dos partes *Tigre Juan, El curandero de su honra*. Curiosa novela y tragicomedia, vista *sub specie theatri*; su estructura, dividida en partes tituladas como los movimientos de una sinfonía –con su nota schopenhaueriana–, mantiene una apretada simetría que simboliza la integración de las artes –música y literatura, en este caso– en ese movimiento de armonía y simpatía cordial entre lo creado que es, para Pérez de Ayala, la raíz del liberalismo. La obra aparece el mismo año que los estudios citados sobre la sexualidad y el donjuanismo español de Gregorio Marañón, íntimo amigo de Ayala y, no por casualidad, *Tigre Juan* es la victoria racional del hombre nuevo sobre las cenizas de la intolerancia y el absolutismo del viejo. Esta reflexión ilustrada sobre la voluntad y el autodomínio, sobre la fidelidad, el amor, la conciencia de culpa, el donjuanismo, la mentalidad dictatorial, la tolerancia, la generosidad, y la felicidad personal y social, es la que cierra su quehacer de novelista.

A partir de ahí Ayala compaginó la política cultural con sus ensayos, conferencias y artículos en prensa de *pane lucrando*. Fue bibliotecario del Ateneo, director del Museo del Prado y embajador de la España republicana en Londres, hasta el triunfo del Frente Popular. La guerra civil quebrantó su apacible vida familiar y los sueños de ser ciudadano de una patria tolerante y liberal: los hijos lucharon en el bando sublevado, perdió a uno de ellos, y sufrió el dolor del exilio y las estrecheces. Hizo un primer intento por regresar a España, abortado por bravucones falangistas; pudo volver en 1954. Ya no escribió más que algún artículo suelto, hasta el 5 de agosto de 1962, en que falleció en Madrid. □